

nero menor del cine. Quizá, como mucho, y ante la oleada de teorías reivindicadoras del humor como posibilidad expresiva madura, estos críticos han acoplado a su mundo de valores cuatro o cinco tópicos, que repiten con facilidad cuando se trata de hablar de algún actor o director de cine de humor de épocas pasadas. Nadie, a estas alturas, discute el valor de Chaplin, o el de Keaton, o el de Laurel y Hardy. Pero son menos los que reconocen en la locura desenfadada y destructora de los Hermanos Marx algún atisbo de lo que se suele llamar arte, y ya son mínimos los que se plantean este término ante la obra de Jerry Lewis. Y esto es normal, porque quizá la característica fundamental de este cine de humor sea su afán corrosivo, su puesta en cuarentena de los valores más tradicionales y seguros de nuestra sociedad, y esto sólo acaba siendo aceptado cuando la capacidad de sorpresa de este cine desaparece con el tiempo, y queda entroncada esa revulsión en los términos ortodoxos y aparentemente inofensivos de la cultura.

Román Gubern explica en el prólogo del libro que Jerry Lewis ha editado ahora (1), cómo en el campo del humor pueden considerarse diversas constantes; en el caso de Lewis (que emparenta con Eisenstein, Chaplin y los Hermanos Marx) puede hablarse de humor judío, en el que podría encontrarse como primera constante «la importancia que reviste la humillación», un humor «que casi siempre lleva prendido un eco del dolor de los viejos ghettos centro-europeos».

Pero el libro, quizá desgraciadamente, no profundiza en esta idea. Se trata de la recopilación de una serie de lecciones que Lewis impartió en el Departamento de Cine de la Universidad de California del Sur. Allí, Jerry Lewis, reconocido como cineasta de

(1) El oficio de cineasta, de Jerry Lewis. Barral Editores. 1973.



primera magnitud, expuso su teoría del cine y, sobre todo, su sistema de trabajo. Con ello se cubrían dos objetivos: analizar el proceso de realización de una película, que Lewis explica en su totalidad, desde la invención del guión hasta las últimas facetas de la exhibición de la obra acabada, y, por otra parte, tantear unas definiciones a su poética personal. Este segundo aspecto no es abordado en el libro de una forma directa, sino que dimana del primer apartado, cuando Jerry Lewis ataca una vanguardia narcisista que sólo se propone un juego de formas sin sentido, o cuando examina la planificación de un chiste visual.

Pero «El oficio de cineasta» es, ante todo, una confesión de amor al cine como medio de comunicación, y una defensa de sus valores, mediatizados y disminuidos por la estructura capitalista que condiciona esa expresión. En este sentido, Jerry Lewis no se plantea la posibilidad de escaparse de ese juego de condicionamientos, pero sí protesta energicamente ante lo que en su trabajo diario se transforma en estúpido ambiente que no valora sino los ingresos en taquilla.

Por todo ello, «El oficio de cineasta» puede convertirse en un excelente libro de iniciación al cine. Aunque en su traducción castellana

existan ciertas dificultades de lectura (derivadas, sobre todo, de los términos técnicos que ya entre nosotros tenían nombres propios), serán los desconocedores de una mecánica de trabajo los que mejor puedan aprovechar las lecciones de Jerry Lewis. ■ DIEGO GALAN.



### Gato vuelve a casa

«¿Gato Barbieri? ¿No es el tipo que hace la música para las películas de Bertolucci?...». Sí, y mucho más: el saxofonista argentino es uno de los gigantes del «jazz» actual, y al fin se ha editado en España un disco suyo para demostrarlo.

Leandro Barbieri viene de Rosario, que fue también la ciudad natal del «Che». Desde mediados de los años sesenta, Gato forma parte de esa comunidad internacional de «jazzmen» constantemente en movimiento, viviendo alternativamente en Roma, París y Nueva York; grabando y actuando con Don Cherry,

Dollard Brand, Charlie Haden y otros. Un hito importante de su vida es la amistad con Glauco Rocha, que le ayuda a recuperar sus raíces musicales, anteriormente rechazadas (comenzando por el tango), y le da la idea de desarrollar sus improvisaciones como si se tratara de un film. Hoy, Gato afirma que su música refleja el rigor del folklore sudamericano, la estructura narrativa del cine y la tradición «jazzística» de improvisación.

Dejando aparte su lejano debut en ESP, Gato se reveló con una serie de LPs («Bolivia», «Third World», «Legend», «El Pampero», «Fénix» y «Under Fire») para Flying Dutchman, la compañía de Bob Thiele. Después de estos LPs, el paso siguiente era obvio: su primer álbum con Impulse (1) procede del viaje que hizo el año pasado por América del Sur, tocando con músicos locales. «Chapter One» contiene sus grabaciones en Buenos Aires, y es lamentable que la portada española del disco no dé ninguna información sobre los músicos que participaron en las sesiones.

(1) Gato Barbieri: Chapter One: Latin America (Probe J 062-94.856). Con este álbum vuelve al mercado español la revitalizada marca Impulse. Posteriormente ha aparecido *Just the way it had to be*, un LP, en directo, del Quinteto de Milt Jackson.

Bien, yo no puedo decirte quién es el bandleader que toca con Gato, pero sí que «Capitulo uno» es un LP magnífico.

Barbieri ha creado una música que integra su pasado sudamericano con el «jazz», idioma universal contemporáneo. Es música positiva, honesta, revolucionaria (y no solamente a nivel de referencias folklóricas) e inmensamente satisfactoria. Como saxofonista, Gato es gritón, apasionado y fluido. Escucha el tema que abre la cara dos, llamado «Cuando la china Leoncia arreó la co-rentinada, se trajo entre la muchachada la flor de la juventud» (y no me preguntes qué significa eso), que comienza con un crescendo a lo Pharoah Sanders, descendiendo hacia regiones tranquilas, hasta llegar a la parte 3, donde Gato explota, como si fuera la voz de todo un continente oprimido, y terminando con la parte 4, que es una «reprise» increíble, con todos los músicos acelerando, y el saxofonista disparando urgentes e incendiarias. «Encuentros» posee idéntica intensidad. Por su parte, el argentino no tiene aspiraciones de convertirse en el Stan Getz nativo, pero también convierte en una experiencia única sus interpretaciones de esas luminosas melodías sudamericanas. Ahí está su versión de «India», donde ha añadido una segunda parte de saxo áspero, para impedir que la pieza se enturbie de sentimentalismo. Ese lirismo bronco de Barbieri se demuestra aún mejor en su sensible tratamiento del muy porteño «Nunca más», que sería una viñeta perfecta si durara dos minutos menos.

El disco termina con «To be continued», donde el saxofonista va presentando los músicos que encontró en su siguiente parada (Río de Janeiro), antes de separarse con unos fieros bramidos que te harán esperar ansiosamente la aparición de «Chapter Two». Gato Barbieri es ese tipo de artista. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

## ARTE

Hace veintitantos años llegó a Sevilla Miguel Pérez Aguilera, destinado a una de las cátedras de aquella Escuela Superior de Bellas Artes. En aquel tiempo, una actitud proclive y de defensa de la vanguardia del arte era allí —y creo que en contados núcleos de Barcelona, Madrid y alguna otra ciudad— una rara actitud de jóvenes lunáticos más dispuestos a «épater le bourgeois» que a descubrir el mundo. Yo podía ser uno de ellos, porque, aparte de que no tenía más que una relación lateral y familiar con el arte, ni escribía ningún comentario ni pensaba hacerlo. Llegó, digo, Pérez Aguilera, y lo primero que hizo fue hacer una exposición de su obra pictórica en la única galería que tenía entonces la ciudad, la veterana galería Veldzquez. Para quienes estábamos iniciados en el gran secreto mágico de la vanguardia, aquella exposición nos abrió el horizonte, no sólo de un pintor, sino de alguien que, sin duda, tendría que ser nuestro aliado natural en la batalla por imponer el arte nuevo en aquella ciudad. De eso hace veintisiete años...

### Miguel Pérez Aguilera Galería Zodíaco (Madrid)

Con mayor o menor precisión, yo creo que conozco todos los momentos —y aun todas las secuencias— de la evolución posterior de la pintura de Pérez Aguilera. Alguna vez, lo confieso, llegó a desasosegarme. ¿Qué había pasado en él? El pintor que yo conocí en su primera exposición sevilla-